

*De la superstición a la ciencia:
la enfermería universitaria
en Yucatán*

de Verónica Marisol López Aguilar,
Lía Esther Pérez Guerra
y Marco Antonio Sánchez Solís

Comentario: Jorge I. Castillo Canché

La presentación de un libro, en este caso ante la comunidad universitaria, siempre resulta una experiencia grata para quien esto escribe; además, en cierta forma representa el cierre de un ciclo de las labores de investigación iniciadas con las discusiones del proyecto de investigación que guiará el trabajo. La satisfacción es mayor cuando un estudiante de nuestra

especialidad de historia de la Facultad de Ciencias Antropológicas es coautor del libro que hoy nos ha reunido en este espacio académico. Precisamente uno de los puntos que habría que destacar de entrada es que este estudio deriva de un trabajo conjunto interdisciplinario y reafirma la idea de que este tipo de esfuerzos posibilita buenos resultados

Pasando al libro en cuestión encontramos en él que los autores pretenden historiar, es decir, seguir las huellas que ha dejado el quehacer de la enfermería en Yucatán desde 1903 hasta la actualidad. Combinando la información histórico documental, bibliográfica y administrativa, los autores tratan de responder a dos preguntas básicas que fueron guías de la

investigación, ¿qué es la enfermería? y ¿qué hace el enfermero? Las respuestas los lleva a reconstruir las varias etapas por las que ha pasado la enfermería, hasta el momento actual en que ha alcanzado el reconocimiento profesional tanto al interior de nuestra Alma Máter como fuera de ella con el "certificado de calidad" que le otorgó a esta licenciatura la Federación Mexicana de Asociaciones de Facultades y Escuelas de Enfermería.

Para presentar los resultados de la investigación los autores decidieron estructurar el trabajo en forma cronológica y desarrollarlo bajo la lógica de lo general a lo particular. Así, el texto contiene ocho capítulos. Los dos primeros plantean los orígenes y el desarrollo de la práctica de atender y asistir a enfermos en contextos históricos diferentes; las épocas antigua y medieval, y el período colonial y

la primera mitad del siglo XIX. En ambos capítulos se examinan las actividades iniciales que caracterizaban a la enfermería y quienes la practicaban, y se pone de manifiesto algunos aspectos que van perfilando su quehacer moderno. Resulta claro que la enfermería antes de que se profesionalizara en el siglo XX era una actividad empírica y poco sistematizada pues se reducía a dar paliativos a las personas que llenaban los hospitales de entonces. Bajo la mirada religiosa, la enfermería tenía la justificación del acto caritativo que envolvía toda la asistencia que se proporcionaba a la población pobre, marginada y a los enfermos en general. La impronta religiosa marcaba la pauta al ser en la mayoría de los casos mujeres y hombres que habían tomado los hábitos con los que ejercían la enfermería. Así nacerían las órdenes hospitalarias que junto con las

diferentes misiones religiosas pasarían a los territorios americanos y en nuestro caso novohispano, con la finalidad de atender a los enfermos según el mandato evangélico. Se comenzaría a forjar la historia de una hospitalidad religiosa cuyos protagonistas serían las órdenes de San Juan de Dios, los carmelitas descalzos, los propios franciscanos y dominicos, entre otros, destacando en el siglo XIX las madres de la caridad, por sus labores de atención a los enfermos de los hospicios, casas de beneficencia y hospitales. Es precisamente el enfoque de la secularización o desacralización del quehacer de la enfermería el que debió ser más explícito en esta parte del texto pues aunque los autores parecen tomarlo en consideración, en los capítulos introductorios no se convirtió en el eje central de sus reflexiones.

El tercer capítulo aborda los inicios de la





enfermería en Yucatán y en él se muestra el desarrollo que tuvo la práctica desde la fundación de la primera cátedra de enfermería en 1903 hasta la década del cincuenta del mismo siglo. Sin duda estamos frente a una práctica moderna de la enfermería que se ha laicizado pues quienes la ejercerán lo harán por motivaciones de índole social y económica y mucho menos religiosa. El quehacer de la enfermería se racionaliza y sistematiza al incorporarse a la educación pública y se convierte en una opción de superación personal e intelectual. No resulta fortuito que este proceso inicie en el porfiriato pues es en este periodo, por cierto tan satanizado en la historia de México, cuando se sientan las bases para el desarrollo de varias prácticas profesionales al permear el pensamiento positivista y científico que hundía sus raíces en el siglo XIX. Es también la eta-

pa de la evolución de la enfermería universitaria yucateca en donde ésta adquiere rasgos distintivos de su quehacer y que hasta el día de hoy permanecen en mayor o menor medida. Por ejemplo, la feminización de este ejercicio profesional, su población estudiantil desde 1903 hasta los primeros años de la década del setenta estuvo conformada exclusivamente por mujeres. Fue también una práctica social que se integró a la educación pública bajo la administración del ejercicio de la medicina, de ahí que en el medio universitario, pero sobre todo en el medio social, quede aún parte de la imagen de la enfermera como un "ayudante" del médico y cuyo ejercicio se desarrolla básicamente en el espacio cerrado del hospital o la clínica. Este capítulo cierra según nuestra interpretación personal la perspectiva histórica que los autores preten-

dían darle a su objeto de estudio.

Los siguientes capítulos, del cuarto hasta el octavo, están dedicados a presentar el desarrollo que ha tenido la enfermería universitaria teniendo como punto de partida el quehacer administrativo de quienes han dirigido la institución universitaria primero como escuela y luego como Facultad de Enfermería. Como los propios autores plantean al principio del libro, esta parte no pretendía ser una evaluación de dichas administraciones. Más bien los que los animaba era plantear su transformación de ser una mera práctica tradicional sólo para mujeres, ejercida en el hospital y dependiente de la práctica médica, a otra que había tomado su propio rostro profesional contemporáneo. Cada una de las cinco administraciones que hasta hoy ha tenido la institución a partir de la década del sesenta

del siglo pasado es presentada con sus aportes significativos para hacer cada vez mejor el quehacer profesional de la enfermería y de quien la ejerce. Tampoco es mi intención hacer dicha evaluación en esta presentación pues sería irresponsable de mi parte intentarlo sin tener un conocimiento profundo de ellas y tampoco creo que sea esa mi función. Mi análisis se centra en lo que se ha convertido la enfermería en estos cuarenta años que han pasado y no me queda la menor duda de que ésta se ha consolidado y se ha transformado en una profesión con identidad propia. La enfermería hoy la administran y organizan personas formadas en la misma profesión que permite que exista una mayor sensibilidad a las demandas de quienes se están formando en ella. Paralelamente a la consolidación de una infraestructura material y humana, se ha

ampliado el campo de acción de la enfermería. Quienes la ejercen, tanto hombres como mujeres, reciben conocimientos sistematizados y sólidos para ponerlos en práctica tanto en los espacios tradicionales como en el hospital o la clínica como en los que la sociedad contemporánea demanda como lugares primordiales: los centros de población marginales como los barrios y colonias pobres de la ciudad y pueblos y haciendas de los municipios más desfavorecidos de nuestro estado. El profesional de la enfermería se ha constituido en un elemento indispensable del equipo de salud — médicos, odontólogos, nutriólogos— que opera en el conglomerado social para cumplir con sus funciones ya no sólo de curar enfermedades sino de prevenirlas mediante la promoción de hábitos y costumbres acordes con la perspectiva contemporánea de la higiene.

Por otra parte, los profesionales de la enfermería se han integrado a la dinámica universitaria de una formación cada vez mejor con las experiencias académicas que tienen en sus programas de servicio social en las instituciones públicas de salud, en la participación en los programas institucionales como el campus Tizimín, los veranos científicos regionales y nacionales y, sobre todo, en las alternativas que la propia facultad ofrece para continuar su preparación con las especialidades abiertas. Todo ello manifiesta el grado de complejidad que ha alcanzado la enfermería en nuestra universidad dejando de ser desde hace varias décadas una práctica empírica, una técnica para curar y atender enfermos, y pasar a ser una profesión que cumple con las tres funciones sustanciales de la universidad: la docencia, la investigación y la extensión.

